

“De huevos felices, afectos y metabolización”, Dominique Lestel. *Apología del carnívoro*. Santiago: Ediciones Instituto de Estética UC, 2024.

Isidora Pérez

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

Zeto Bórquez

UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ

No es fácil situar el trabajo de Dominique Lestel en el contexto del que surge: nacido en París en 1961, realiza su Licenciatura y Máster en Filosofía en París IV, obtiene un Doctorado en Psicología en la EHESS, en 1986, con una tesis sobre los potenciales semánticos del razonamiento experimental aplicado a un laboratorio de biología del comportamiento, donde toma contacto con estudios de etología y psicología comparada. Entretanto, se ha interesado por las ciencias cognitivas (todavía emergentes) y trabaja dos años como “ingénieur de recherche” (*research engineer*) en el Laboratorio de Inteligencia Artificial de la importante compañía francesa de informática Bull. Entre 1988 y 1989 realiza una investigación postdoctoral en el *Center for the History and Philosophy of Sciences* de la Universidad de Boston. Vuelve a Francia en 1989 para asumir un puesto de profesor en el Departamento de psicología de la Universidad de Rouen y en 1994 pasa al Departamento de filosofía de la ENS, en el área de ciencias cognitivas, participando en 2011 de la fundación de un Departamento de ciencias cognitivas en la misma ENS. Junto con ello, entre 2002 y 2012 es investigador asociado del Museo Nacional de Historia Natural de Francia, donde dirige el equipo “Eco-etología y etología cognitiva”, haciendo investigación de campo en etología y guiando varias tesis doctorales.

Estos datos no son irrelevantes de considerar, en primer lugar, porque Lestel se presenta a sí mismo como “filósofo y etólogo”, lo cual podría resultar un tanto inusual, y de hecho se trata de un autor bastante alejado de los centros de gravedad más reconocibles del contexto filosófico francés de la segunda mitad del s. XX y comienzos del s. XXI (fenomenología, estructuralismo, deconstrucción, metafísica especulativa, etc.). Se puede reseñar que Lestel fue estudiante de Bruno Latour, y bien pudo recibir ante todo las posibilidades de método que él abría a comienzos de los 80, respecto a los cruces entre filosofía y ciencias, y al interés –de límites insospechados– por los mundos no humanos. En segundo lugar, porque en Lestel tampoco encontraremos a un “cognitivista” de la escuela anglosajona. De hecho, si su trabajo ha tenido una recepción en medios anglófonos, no ha sido precisamente como referente en estudios cognitivos¹. Su importancia es inexplicable sin lo que a comienzos de los 2000 se reconocía como un *animal turn*, esto es, el interés, cada vez más extendido en humanidades y ciencias

1 Por ejemplo, la revista inglesa *Angelaki* dedica en 2014 un dossier a la “etología filosófica” de Lestel. Le seguirán, en la misma dirección, Vinciane Despret (2015) y Roberto Marchesini (2016). El trabajo de Despret, de gran interés en temáticas vinculadas a los estudios animales y los mundos no humanos en general (incluso ha escrito dos libros sobre las relaciones de los humanos con los muertos) cuenta con varias traducciones al castellano. No así Marchesini, que de hecho sigue de cerca a Lestel en el libro: *Etología filosófica. Alla ricerca della soggettività animale* (2018).

sociales, por tomar a los animales como foco de investigación (Ritvo, 2007, p. 119), pues, en efecto, de aquel tiempo a esta parte muchísima tinta ha corrido, y en particular en filosofía, en torno a la “*cuestión animal*”. Súmese a tal “*giro*” la preocupación sostenida desde hace un par de décadas en torno a la temática del Antropoceno (con sus múltiples variantes)² junto al renovado interés por el pensamiento de la técnica y la inteligencia artificial, y se verá que la obra de Lestel resulta incluso necesaria. Aunque sería legítimo preguntar: ¿Qué relevancia puede tener para ese contexto problemático un libro titulado *Apología del carnívoro*?

A la fecha Lestel ha publicado más de una quincena de libros, varios de ellos traducidos a otras lenguas, aunque sólo tres al castellano³. Los títulos no dejan demasiadas dudas sobre su impronta. Entre otros: *Palabras de monos. El imposible diálogo hombre-primate* (1995), *La animalidad. Ensayo sobre el estatus del humano* (1996), *Los orígenes animales de la cultura* (2001, 2009), *El animal singular* (2004), ¿Son inteligentes los animales? (2006), *Los amigos de mis amigos* (2007), *El animal es el porvenir del humano* (2010) y el aquí reseñado *Apología del carnívoro* (2011).

Es llamativo el desplazamiento que marcan los últimos dos títulos mencionados⁴, tomando en cuenta que el subtítulo del libro de 2010 es: *Municiones para quienes quieren defender (siempre) a los animales*; pues el paso al siguiente podría resultar un tanto chocante: ¿Acaso no supone un contrasentido la “defensa de los animales” con una “apología del carnívoro”? Sin embargo, es precisamente frente a esa pregunta que este libro nos interpela, haciendo trizas nuestras propias certezas al respecto.

Luego de algunas interesantes constataciones históricas sobre el vegetarianismo a título de “entremés” (el libro está dividido según las fases del menú), Lestel realiza una constatación clave: el carnívoro se encuentra más cerca de los animales de lo que podría pretender cualquier vegetariano, tomando en cuenta que este último tiende a asumir que abstenerse de comer carne es equivalente a tomar posición por la defensa activa de los animales no humanos, y precisamente contra lo que Voltaire describe como ese: “hábito espantoso, vuelto en nosotros naturaleza” (Voltaire, 2014, p. 10)⁵.

Según lo define Lestel, un vegetariano “es un ser humano que prefiere comer solo vegetales (verduras y frutas), pese a que tiene metabólica, física y financieramente la posibilidad de comer carne. Metabólicamente, puede digerir la carne, por otra parte accesible” (Lestel, 2024, p. 19), de modo tal que alguien que no comiese carne porque con ello enfermaría no podría ser considerarse “vegetariano”, del mismo modo que quien careciese de los medios para acceder a una alimentación cárnica tampoco entraría en esa denominación: “[u]n vegetariano es así un individuo que hace una elección positiva (comer solo vegetales, frutas y hortalizas, y sin duda hongos) o negativa (no comer carne) entre otras posibles elecciones” (p. 19). En particular, discute a un tipo de vegetariano, al que denomina “vegetariano ético” (el que, precisamente, no consume

2 Por ejemplo, “Capitaloceno”, “Tanatoceno”, “Termoceno”, “Fagoceno”, “Econoceno”, “Chthuluceno”, “Entropoceno”, “Tecnoceno”. Una buena síntesis de este entramado se puede encontrar en Agustino Cera, “The Technocene or Technology as (Neo)environment”, *Techné: Research in Philosophy and Technology* (2017, pp. 243-281).

3 Se trata de: *Hacer las paces con el animal* (2018, trad. Ernesto Feuerhake y Zeto Bórquez); *Nosotros somos los otros animales* (2022, trad. Horacio Ponsi), y *Apología del carnívoro* (2024, trad. Zeto Bórquez).

4 Lestel por cierto ha continuado publicando con posterioridad. Sus últimas obras son: *Máquinas insurreccionales. Una teoría post-biológica de lo vivo* (2021) y *Filosofía de las zonas de autonomía temporal* (2024).

5 El vegetarianismo de Voltaire es interesante de considerar—siendo una referencia que el propio Lestel no apunta—, dado que en la época en que se interesa por esta cuestión (en sus *Pensamientos vegetarianos* de 1761) el ateísmo se empezaba a popularizar en algunos medios europeos, lo que se expresa claramente en el *Sistema de la naturaleza* (1770) del barón de Holbach, al cual el propio Voltaire, que se declara deísta, responde en 1772 en el opúsculo *Hay que tomar partido*, quedando como la principal dificultad la presencia del mal en la naturaleza, y frente a lo cual la pregunta por el sufrimiento de los animales—cuestión medular, como veremos en seguida, para las críticas de Lestel a la posición vegetariana—se muestra como irresoluble. En cuanto a los *Pensamientos vegetarianos* de Voltaire, abundan afirmaciones como esta: “...no es sino demasiado cierto que esta matanza repugnante, expuesta sin cesar en nuestras carnicerías y cocinas, no nos parece un mal; al contrario, contemplamos ese horror, a menudo pestilente, como una bendición del Señor, y todavía tenemos oraciones en las que se le agradecen estos asesinatos [n: bendición antes de la comida y el dar las gracias que la siguen]. Sin embargo, ¿hay algo más abominable que alimentarse continuamente de cadáveres?” (Voltaire, 2014, p. 10).

carne bajo el argumento del sufrimiento animal): “El vegetariano ético rechaza la carne porque es necesario hacer sufrir y matar a un ser sensible para comerlo” (p. 21). Pero ¿Por qué resultaría necesario rebatir este argumento?

En *Apología del carnívoro*, Lestel nos habla con un tono marcado por la inquietud y la defensa de juicios lapidarios contra el carnívoro, reconduciendo las discusiones actuales respecto a la moral en torno a la *dietética* en relación con el animal y los hábitos alimenticios del humano promedio de las ciudades postindustriales occidentales. El *sufrimiento animal* se posiciona así como eje central, y la *compasión* como su intento de defensa más sólida. No obstante, el libro se encarga de dismantelar los argumentos que procuran sostener esta posición que no sólo carece de fuerza y coherencia, sino que también, a nivel social, se ha convertido en una suerte de imposición especialmente en el mundo de las redes. En palabras de Lestel, “el vegetariano subestima considerablemente lo que significa ser carnívoro” (p. 14), puesto que, según él, “la postura vegetariana siempre se presenta como teniendo costos nulos y enormes beneficios” (a lo que denomina como un “milagro ético”) (p. 38). Así, de manera bien extendida, en el ansia por registrar lo que hacemos y lo que comemos, y de exhibirlo mediante videos y fotografías, el enjuiciamiento de los carnívoros se tiende a volver una cuestión de sentido común, encasillándolos como herejes ante la “ternura” animal, a la vez que se destaca la tendencia de quienes optan por comidas sin gluten, sin lactosa, sin harinas, keto, vegetarianas y veganas como las “éticamente” más ponderables entre todas las demás.

El vegetariano ético se constituiría así en base a negativos, es decir, se define por lo que *no hace* o lo que *no representa*. Desde una perspectiva “genealógica”, esta figura vendría a repudiar el canibalismo, en cuanto repugna el ingerir al “animal muerto y desmembrado” (p. 25), a la vez como desasosiego de pertenecer al grupo errado de la historia, allí donde la perversión por comer carne implica *obrar* desde el *mal*. A modo de ejemplo, Lestel menciona un recetario vegetariano publicado por Thomas Tryon en 1691⁶, cuyos presupuestos dietéticos pasan (en una constante que pudo apreciarse muy claramente durante la pandemia del COVID-19 en el temor generalizado hacia las enfermedades de origen animal o “zoonóticas”) por la imposición de “fronteras higiénicas” en el trato con animales no humanos⁷. De ahí una hipótesis fundamental de Lestel, si algo pone en juego la alimentación cárnica es la pregunta por el significado de dejarse contaminar por otros seres vivos, y será enfático en señalar que el relacionarnos con animales implica tanto degustarlos y devorarlos, como acariciarlos. En todas aquellas dinámicas de relación hay una *cercanía* tal que la “apología del carnívoro”, en rigor, representaría la defensa misma de la animalidad pues comienza por desplazar cualquier tipo de excepcionalidad en la relación humano/animal (p. 38). Sin embargo, es preciso subrayar que el autor no concibe una defensa de la industria ganadera dada su lógica de producción desenfrenada propia de un capitalismo globalizado. Más aún, se esfuerza en esclarecer que si la postura vegetariana aboga por la reducción y no por la completa supresión de la carne, entonces sus cimientos tendrían más sentido (p. 93)⁸.

6 Citado por Lestel como “el autor del primer libro de recetas vegetarianas, *Bill of Fare of Seventy-Five Noble Dishes of Excellent Food* (1961)” (p. 29).

7 “Si [los vegetarianos] pueden comer vegetales pero no animales, es porque establecen una frontera entre el animal y el vegetal. Ahora, para pensar la animalidad y lo no humano, el verdadero problema es la cuestión misma de la frontera, y no por dónde hacerla pasar. Por otra parte, los vegetarianos también suelen reiterar una noción que me parece fundamentalmente tóxica: la noción de frontera higiénica” (Lestel, 2018b, pp. 161-162).

8 Y más aún, reconoce en la ganadería industrial una “ignominia” y un consumo “demencial”, ante lo cual se levanta el que se podría denominar “vegetariano político”: “El argumento del vegetariano político no tiene nada que ver con el del vegetariano ético, y su constatación es de una justeza abominable que incluso un carnívoro debe reconocer. Sin embargo, es importante ser conscientes de los límites de la posición vegetariana. Se puede perfectamente militar para *reducir* drásticamente el consumo de carne sin necesariamente *suprimirlo*, y se puede también militar por una reducción de los nacimientos humanos” (Lestel, 2024, p. 93).

Buscar la felicidad en un sartén

Ahora bien, un aspecto importante para pensar el tipo de excepcionalidad que se hallaría en la posición vegetariana se encuentra en buena parte arraigado en una “*idea del animal*”, antes que en su “*singularidad*”, lo que por otra parte no va sin un investimento afectivo.

De hecho, Lestel menciona el “amor del vegetariano por el animal” como un argumento que fortalece esa postura, aunque para clausurar cualquier pregunta que pudiese surgir en torno a una convicción dietética que pareciera explicarse desde el *amor* sintiente y en lo que sería, siguiendo al propio Lestel, un presupuesto sobre la inocencia salvaje (“[p]or más que el vegetariano se defiende de ello, el síndrome Bambi asedia su espíritu en todo momento” [2024, p 36]).

Este componente afectivo es de hecho complejo de analizar, pues pudiera estar oscilando entre la “proyección” (utópica, arcádica incluso) y la *imposición*. Sería interesante en este sentido considerar la reiterada referencia a la felicidad en productos que procuran avalar el naturalismo y el valor “ético” que se le asocia⁹. Un ejemplo son los huevos de “gallinas felices” o “gallinas libres”, y en efecto resulta problemática la denominación –por extensión– de “huevos felices”, ya que en primera instancia dicha proyección lleva a la pregunta sobre cuándo un animal “es feliz”. Lestel pone el caso de los chimpancés en los circos. El chimpancé, de acuerdo con las conductas *narcisistas* que demuestra, y si, “es tratado bien, puede ser perfectamente feliz en un espacio tal como el circo ... [o] en un lugar tecnológico donde pueda sentirse pleno” (2018b, p. 174). No habría en efecto parámetros preestablecidos para medir la felicidad del animal, respecto a valoraciones como la del “espacio salvaje” v/s el espacio “interior”, u otras semejantes, que suponen versiones *idealizadas* de los mundos animales y no humanos en general, lo cual también resulta extensivo a la alimentación cárnica y los productos de “origen animal”.

Imagen 1.



⁹ Considerando a su vez que en las vertientes principales de la ética, la “felicidad” aparece de hecho como una preocupación de primer orden.

Riesgos de estar “hechos” de carne

Hasta cierto punto Isidora es “dueña” de un perro (denominación convencional en relación con el animal de compañía), pero también mordida por perros ajenos, y en ello, reconoce una realidad anteriormente inadmisibile. Tal como plantea la filósofa Val Plumwood desde su experiencia al ser atacada por un cocodrilo al norte de Australia, ha debido reconocer un horizonte compartido con el animal la mayor parte de las veces negado. En palabras de Plumwood, “mi cuerpo, como el de ellos [los cocodrilos], estaba hecho de carne... *no lo sabía, lo negaba absolutamente*” (2024, p. 23). O bien: “*hasta ese momento, yo sabía que era alimento del mismo modo remoto y abstracto en que sabía que era un animal, que era mortal*” (p. 23).

Precisamente, en la experiencia de convertirse en presa se diluye el esquema convencional de afectos hacia los animales, lo que Lestel asocia a una cierta denegación del dolor muy propia de la ética vegetariana. No sin ironía escribe: “Querer vivir en el mundo encantado de Walt Disney, desprovisto de sufrimiento, de crueldad y de irreductibles conflictos de interés, es un sueño de niños al cual quienes han crecido un poco deberían renunciar” (p. 63). Pues, como reitera de distintos modos, “[n]egarse a ponerse en peligro o sufrir, negarse a poner en peligro y hacer sufrir, es simplemente antinómico con la vida” (p. 84). “Negación” que de hecho sostendría aquella “ética” anti cárnica.

En la etología veterinaria, la premisa del adiestramiento radica en un común entendimiento entre el animal y el humano, o al menos en la ilusión de ello. La imposición de conductas conlleva procesos sostenidos de *control* sobre el animal arraigados en la repetición y el cumplimiento de las expectativas del *amo* (Bórquez, 2023, pp. 133-134). Caso no demasiado conocido, en tiempos de la colonización española se observan prácticas de “castigo animal” como extensión del brazo armado de los conquistadores. En *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552), Bartolomé de Las Casas retrata en efecto el *castigo por aperreamiento* en que se mutila a adultos y niños y en algunos casos se *dan sus partes* a los propios perros (Orsanic, 2017, pp. 43-44)¹⁰. El adiestramiento en casos como estos resulta en una forma de sometimiento a las “habilidades” aprehendidas por el animal. Pero el castigo por aperreamiento podría constituir un extremo de crueldad, en cuyo caso su opuesto simétrico, si seguimos a Lestel, no sería tampoco una alternativa. Más aún, los rasgos de sometimiento animal que pretenden adecuarse a conductas humanas o humanamente aceptables son las que se vislumbran con frecuencia en las calles y los “espacios verdes” de las urbes contemporáneas: esa alta tensión entre los dueños y sus mascotas. Para Lestel, esto precisamente se percibe en la pretensión de “borrar toda huella de crueldad en las relaciones entre los humanos y los otros animales” (2024, p. 61), lo que acaba reduciendo el contacto entre ambos a una versión muy controlada y aséptica.

10 El método de tortura *con animales* encuentra una macabra afinidad en el contexto de la dictadura militar chilena, en el caso de Ingrid Oideröck, la denominada *mujer de los perros*, quien utilizaba a ese animal para vejar sexualmente a las detenidas en uno de los centros de la DINA. Al respecto, véase el libro de Nancy Guzmán, *Ingrid Oideröck. La mujer de los perros* (2021). De igual interés resulta la obra *Yo amo a los perros* (2019), aludiendo a la cercanía de Oideröck con Volodia, el perro que adiestró y utilizó para todas sus torturas en aquel periodo. La obra retrata los últimos días de vida de Oideröck y la compañía productora La Bicibomba, eligió mostrarla como quien ha *humanizado* a su perro al punto que este le reprocha los actos a los que la mujer lo sometió por tanto tiempo.

Tensión cotidiana amo-esclavo

En un barrio del sector oriente en Santiago de Chile, llama la atención un hombre que “posee” un perro de raza Border Collie, la cual se reconoce como amigable con los niños y de personalidad lúdica. En sus paseos, cruza sus manos tras la espalda y lleva un bastón de madera como guía para el perro, el cual va suelto pero sin pretensión de cruzarse en el camino de las otras personas o perros. Ambos caminan lento, a una velocidad tan calculada como su postura. Cada tanto, cuando el dueño pierde de vista al perro a su lado, a lo sumo 1.5 metros, procede a golpear el bastón en la vereda. Parece que la señal son dos golpes y el perro automáticamente, aunque pudiera estar desarrollándose cognitivamente mediante el olfato al estar detenido por ejemplo en un arbusto, vuelve rápidamente al lado de su dueño. Este tipo de *domesticidad* inevitablemente hace un guiño a la relación amo-esclavo a un nivel de tensión tal que incluso pareciera que los acompañara una nube de prueba y error en las maniobras del hombre para con su criatura; una tangible tensión que bordea el orden sexual de la pretensión de subordinación por parte de otro; cuestión que no está lejos de una cierta disonancia reconocida por Lestel en la posición vegetariana, dado que en ella se instrumentaliza al animal sin jamás reconocerlo: “[l]a postura de la inocencia adoptada por el vegetariano ético es ciertamente lo que lo caracteriza mejor [ya que, cree poder] asumir su condición de ser vivo y mantener el vientre limpio” (2024, pp. 101-102). Lestel de hecho sugiere una proximidad entre la “defensa” de los animales por parte de los vegetarianos y quienes se proclaman –desde una postura más bien condescendiente– defensores de algún otro de “naturaleza inferior”, y lanza al respecto una afirmación polémica: “[e]n el vegetariano, la preocupación por el animal juega ... en la mayoría de los casos, un papel comparable al asignado al niño en los dispositivos contra la pornografía” (p. 101). Pues es precisamente una manifestación más del problema de la *excepcionalidad* y cuyos contornos hace falta seguir cuestionando, por ejemplo, resistiendo a los implícitos de inferioridad sobre otros seres.

Previo a *Apología del carnívoro*, Lestel, en un texto en torno al ecólogo estadounidense Paul Shepard, recoge su interés por los cazadores-recolectores, donde el contacto con el animal implica un vínculo (inevitablemente) más estrecho. En palabras de Lestel, “[r]astrear, matar y comerse al animal ha sido un medio privilegiado para conocerlo, pero también para respetarlo y apropiárselo, no solo metabólicamente sino también intelectual y espiritualmente” (Lestel, 2018c). Esto se expresa en un enfoque *estructurante* del humano que enfatiza la “proximidad” con el animal mediante un entrelazamiento de prácticas y mundos. La “distancia”, por ello, sugiere un desdén que lo rechaza y, aún más, al *animal* comprendido *en* el humano. De hecho, parafraseando a Shepard, “[e]l cazador vive con el animal en relaciones que excluyen la dominación y la sujeción características de la domesticación” (Lestel 2018b, p. 131)¹¹. Y es todavía siguiendo a Shepard que Lestel plantea una de las tesis fundamentales de su *Apología del carnívoro*, esto es, la idea de que comer a un animal es contraer con él una *dependencia*:

11 Premisa de Shepard: “El ser humano no es nada sin los demás seres vivos con que cohabita sobre la tierra, y a los cuales se abre, poniéndose a veces en peligro. Shepard expone esta tesis en *Thinking Animals*, que es sin duda su obra principal. Examina allí la idea según la cual los animales han modelado profundamente la inteligencia humana, a través de su desarrollo cognitivo y psicológico. Despliega toda su ironía contra los que piensan que el animal no es más que una ‘tremenda bestia’, cuando en verdad habría que pensarlo como un ‘potencial vital’ que el humano puede poner en marcha activamente con el fin de renovarse y transformarse” (Lestel, 2018, p. 136).

(...) quien come a un animal contrae una dependencia con él ... el animal [según P. Shepard] es primero tragado por el humano como una sustancia, luego como pensamiento, antes de incorporarse finalmente a sus estructuras psíquicas. La cuestión de la depredación debe, por consiguiente, considerarse en su conjunto y ampliarse tanto como sea posible. La relación de dependencia del humano al animal no es más especial que eso. Todos los seres vivos se comprometen en formas de dependencia con otros seres vivos. Este es un principio constitutivo de la vida (Lestel, 2024, pp. 83-84).

En efecto, aun cuando está en contra de la “ética” vegetariana basada en el sufrimiento, Lestel defiende una “ética de la dependencia” en cuanto “ética de la reciprocidad”, la cual toma como punto de partida la interconexión generalizada entre todo tipo de seres, y donde se implican por tanto procesos y dinámicas de metabolización (incluida la depredación). En ese sentido, para el vegetariano, la depredación representaría una agresión entre seres vivos que debiese reducirse o erradicarse. Sin embargo, en su mayor amplitud, la depredación podría ser vista como una forma fundamental de dependencia que define nuestra relación con el resto de los animales. No negar de antemano esas dinámicas de metabolización implica, para Lestel, reconocer que, de hecho, nuestra existencia depende de la de otros seres, y que la de estos también puede depender de la nuestra¹².

Por otra parte, la atención en el acto de comer y el proceso de digestión específicamente en torno a la carne que trata Lestel, es de una sensualidad performática tal que leerlo despierta el sentido “animal de comerse el libro”; asimilarlo y engullir las razones por las que el carnívoro ha de zafarse de su constante condena por parte de una postura *anti-cárnica* que lo interpela y que, al cabo, es *anti-animal*, si aceptamos la idea de Lestel de que “el vegetariano [en rigor] no quiere acercarse a los vegetales, sino alejarse de los animales” (p. 88), y no perdiendo de vista que el acto de *asimilación*, o más bien de “metabolización”, desde la ingesta, deviene acto interespecie¹³.

De cualquier modo, Lestel ha conseguido llevar la discusión hacia los rincones más incómodos de incorporación del “animal” al plano “humano”. Revela su inquietud por la omisión del animal del espectro cotidiano e incluso quirúrgico, sugiriendo explorar el fenómeno de los “xenotrasplantes” en el marco de los implícitos sobre la *autenticidad* de lo humano (p. 78). En su hibridez, la porosidad de la denominación *humano* o *animal no humano*, en el caso de –por ejemplo– un injerto de un hígado de cerdo, supondría “una especie de híbrido mitad humano, mitad cerdo” (p. 78), algo irresuelto y, por ende, vinculado a una asimilación inter-tejido que escapa a las clasificaciones estrictamente biológicas. Y no debiese sorprender que Lestel vea tanto en los trasplantes como en los xenotrasplantes un “canibalismo no nutritivo” o “canibalismo sin cocina” (p. 78). Como de hecho sugiere –y esto también vale para el carnívoro de las urbes occidentales–, somos en general “carroñeros”: “nos contentamos con asimilar lo que se pueda del otro una vez muerto, pero no lo matamos” (p. 78), siendo un punto, entre otros posibles, sea o no vegetariano cabe repensar el “comer carne” (así como el *comer* en general) en una perspectiva más amplia de fricciones metabólicas.

12 Habiendo sostenido que “[t]odos los animales son depredadores, incluidos los herbívoros, como las vacas, que se alimentan de hierba” (Lestel, 2024, p. 82).

13 Como apunta Lestel: “El vegetariano escéptico nuevamente insistirá: ¿por qué hay que comerse al animal? La respuesta es simple: es solo a través de procesos tan fundamentales como el de la muerte o el de la ingestión metabólica que puedo ponerme en esa situación de dependencia ... una transacción que implica mi existencia” (2024, p. 86).

Referencias bibliográficas

- Bórquez, Z. (2023). *Etología oscura. Ensayo sobre la vida inorgánica*. Palinodia.
- Cera, A. (2017). The Technocene or Technology as (Neo)environment, *Techné: Research in Philosophy and Technology*, 21(2-3), 243-281.
- Lestel, D. (2018). *Hacer las paces con el animal*. Qual Quelle.
- . (2018b). Repensar el estatuto ontológico del animal. *Hacer las paces con el animal*. Qual Quelle.
- . (2018c). Reivindicarse animal: la metafísica poético-evolucionista de Paul Shepard. *Hacer las paces con el animal*. Qual Quelle.
- . (2022). *Nosotros somos los otros animales*. FCE.
- . (2024). *Apología del carnívoro*. Ediciones Instituto de Estética UC.
- Plumwood, V. (2024). *El ojo del cocodrilo*. Cactus.
- Ritvo, H. (2007). On the Animal Turn, *Daedalus*, 136(4), 118-12.
- Orsanic, L. (2017). Imágenes caninas hispanoamericanas del período de conquista y colonización: textos y contextos. *Meridional*, n°9, pp. 27-53.
- Voltaire. (2014). *Pensées végétariennes*. Fayard.

Sobre los/as autores/as

Isidora Pérez. Licenciada en Letras Inglesas y Magíster en Estéticas Americanas por la Pontificia Universidad Católica de Chile, con un Diplomado en Estética y Filosofía. Su trabajo se enfoca en la intersección entre la migración, el arte y la literatura, y sobre cómo estos influyen en la educación y las políticas públicas. Es miembro activo de la Red Euroamericana de Estética Contemporánea (REEC). Actualmente, es coordinadora de investigación y postgrado doctoral de artes en la PUC.

Zeto Bórquez. Doctor en Filosofía, investigador postdoctoral y académico de la Facultad de Artes Liberales de la Universidad Adolfo Ibáñez. Ha publicado *Etología oscura. Ensayo sobre la vida inorgánica* (2023), *Huidobro y la literalidad* (2025), y *De rerum elementa (sobre la voz de las cosas)* (2025).